

UN RECORRIDO POR LA MEMORIA OCULTA DE SALVADOR SORIA

FRANCISCO AGRAMUNT LACRUZ

Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte

RESUMEN

El autor de este trabajo analiza la trayectoria casi desconocida del gran pintor y escultor español Salvador Soria, aquella que hace referencia a los difíciles años vividos durante la guerra civil española y las adversidades de la etapa del exilio, repleta de episodios dramáticos y también de momentos de ricas anécdotas. Epoca que, a través de su frenética actividad creadora entre surrealista, simbólica y expresionista, le conducirá definitivamente al camino hacia el éxito artístico en España.

ABSTRACT

The author of this study analyse the almost unknow development of the great spanish painter and sculptor Salvador Soria; period that refer to difficult years lived during the spanish civil war and the adversity of the exile's time, filled with dramatic incident and great moments too. Time that, through his frenzied creator activity among surrealist, symbolist and expressionist, will take him finally to the artistic success in Spain.

No debo ocultar el placer y el halago que supone escribir nuevamente sobre un personaje tan entrañable para mí como es Salvador Soria Zapater, un excelente amigo, apreciado académico y formidable pintor y escultor, rejuvenecido cada día por una poderosa inquietud creadora y un afán experimentador que ha sido reconocido y valorado por quienes le conocemos y tratamos desde hace más de treinta años. Recluido en su chalet de Benissa, apartado de la vida social y entregado por entero al trabajo artístico, se nos presenta como un auténtico creador plástico de múltiples caras, querido y respetado por todos, pero también como un hombre secreto que guarda en su memoria muchas vivencias amargas todavía no desveladas, y que han servido con el paso del tiempo a conformar su vida y su obra. La recuperación de la memoria olvidada, como herrumbre que todo lo devora, me ha movido una vez más a escribir unas líneas que permitan re-

construir algunos episodios oscuros o poco conocidos vividos por el autor durante la trágica guerra civil, el amargo exilio francés, la ocupación alemana y la difícil postguerra española. Nada en su trayectoria creadora puede entenderse sin el dolor y la amargura que le produjeron estas circunstancias históricas que el superó con coraje y valentía. Así las cosas, quisiera que estas líneas sirvan no sólo para dar a conocer aspectos biográficos poco conocidos o inéditos de este pintor, sino también como señal del respeto y admiración personal que siento por él desde hace muchos años. Su poderosa personalidad creadora y su ingente producción pictórica con su impresionante soporte bibliográfico –catálogos, monografías y ensayos escritos por relevantes académicos, historiadores y críticos de arte– y avalada por importantes premios, becas y recompensas oficiales, lo han convertido en un clásico y en un maestro consagrado del arte contemporáneo español. A



El pintor Salvador Soria

pesar de ello, todavía sigue predominando en muchos, la percepción de un artista un tanto secreto, solitario, recluso en su taller, que rechaza los halagos, y que desarrolla una metódica y satisfactoria vida familiar.

En este sentido es gratificante para mí escribir de nuevo sobre Salvador Soria porque al hacerlo trato de aportar nuevos datos sobre su condición de verdadero artista plástico, pero también, ¿y por qué no?, de su faceta poco conocida de soldado republicano y exiliado al final de la guerra civil española, lo que sin duda ayudará a afianzar su imagen de artista enigmático y comprometido políticamente que lo diferenciaría del resto de sus compañeros de generación. Circunstancias biográficas estas guardadas durante muchas décadas en el viejo cajón de sastre de la memoria historia, a las que hasta ahora no había que publicitar ante el temor de que se abrieran viejas heridas ideológicas de un conflicto incivil sigue acaparando la actualidad en los medios políticos, universitarios e informativos.

Recordar el pasado exílico de Salvador Soria, repleto de momentos dramáticos pero también de ricas anécdotas, no es un reproche, sino un honor, porque en él está algunos de los condicionantes que imprimieron su personalidad creativa y su trayectoria artística posterior que le convirtieron en uno de los más emblemáticos representante españoles de la abstracción matérica. De hecho los caracteres de su lenguaje peculiar que le dieron fama y prestigio en España en las décadas siguientes entre la crítica y

el público se forjaron en los campos de concentración franceses y en los duros años de la ocupación nazi en los que fue perseguido y estuvo a punto de perder la vida.

Pues bien, ese afán de búsqueda, ese deseo de singularizar sus técnicas y por dignificar sus métodos operativos, y que subyace en sus conocidas integraciones, se desarrolló durante su estancia en el exilio francés, al entrar en contacto y admirar las obras de los grandes artistas vanguardistas españoles y franceses de la llamada Escuela de París. Porque lo que le singularizaba de otros artistas era su capacidad de admirar y de reconocer la obra de los grandes creadores. Y esta actitud de admiración y de modestia le sería útil años después para allanar el camino y abrir definitivamente el camino al éxito artístico en España. Aquí, en efecto pocos artistas plásticos podrían exhibir una vocación más firme y una posición más definida y personal que la de este polisémico —de su generación, Era el paradigma de artista que había logrado indiscutiblemente superarse a sí mismo y situar su obra en lo más alto del listón artístico nacional durante casi medio siglo de frenética y ardorosa actividad productiva y expositiva.

Salvador Soria fue capaz de desarrollar su vocación a pesar de las contingencias propias de la guerra civil y del exilio y consiguió alcanzar un nombre en la plástica española a fuerza de coraje, trabajo ininterrumpido, lucha denodada contra el entorno social y superación de los problemas de variado signo que le acosaron en su vida diaria. Para salir adelante, sin embargo, siempre encontró el apoyo decisivo de su compañera, Arlette Rolbes, la que le ayudó a salir del campo de concentración y rehacer su vida en uno de los momentos más difíciles para él.

Soria es el caso de artista que entremezcla vida y obra como si ésta fuese una consecuencia directa de aquélla, hasta el punto de no poder hablar de un aspecto sin tener en cuenta el otro. Su obra es la consecuencia natural de un modo de pensar, trabajar y ser. No ha sido propuesta, ni influenciada, ni mediatizada, sino nacida, y tiene por eso un gesto claro de espontaneidad e intuición, de sincera expresividad y experiencia humana. Así, pues, para una mayor aproximación y valoración de su obra, sería mejor y más estimulante conocer los entresijos

de su trayectoria personal y humana repleta de acciones heroicas, sacrificios, esfuerzos y vejaciones, que lo convierten en un caso ejemplificador del artista protagonista y víctima de la guerra civil española, del exilio, de la persecución nazi y de la no menos terrible postguerra española.

¿Cuáles son los orígenes de este artista valenciano? ¿Cuales fueron sus comienzos artísticos? ¿Quien y cómo lo han formado para que pudiese llegar a la perfección actual? ¿Cómo consiguió crear un estilo personal y propio? Para responder a estos interrogantes conviene conocer a fondo su trayectoria vital y existencial rica en acontecimientos y fuertemente comprometida con su tiempo.

Su biografía, por obvias razones políticas, fue durante muchos años silenciada, cuando no manipulada, por la erudición y crítica de arte oficial, dada su condición de combatiente republicano, exiliado político y hombre comprometido con la democracia y la lucha antifranquista. El mismo Salvador Soria, por temor a represalias, o quizá por discreción, no le ha gustado referirse a sus experiencias como soldado, a su estancia en los campos de concentración franceses y su esfuerzo por abrirse paso en un país extranjero como exiliado político.

Soria se ganó la condición de transterrado por su firme actitud ética de fidelidad a una legalidad política y a unos principios democráticos fuertemente asumidos desde su juventud. Su prematuro regreso del exilio a principios de la década de los cincuenta permitió que su obra fuese suficientemente conocida, estudiada y valorada como una de las más importantes aportaciones al arte contemporáneo español de este siglo. Su espíritu artesano, el tecnicismo en disponer los espacios y la inventiva para el tratamiento de materiales, han creado la continuidad interior que da unidad y caracteriza su obra. Una obra evidentemente paradójica que constituye una lección de heurística y un testimonio de contraposiciones, de dialécticas enfrentadas y de luchas.

Salvador Soria es ahora un artista valenciano de reconocido prestigio nacional e internacional al que se le ha hecho justicia. Sobre todo, para un hombre sencillo que nunca buscó el relumbrón, la fama, el prestigio, y sí el trabajo diario, profundo y callado, para quien su credo de artista auténtico es simplemente su esfuerzo diario. En su larga vida ha sido



Arrêtez-vous, 1947, O/t, 172 x 117 cm

un creador solitario y un independiente, alejado de las modas y procurando únicamente en progresar sin interrupciones, importándole más la búsqueda que el hallazgo. Alejado de todos los centros y círculos mercantilistas y de las farándulas comerciales, de las explosiones publicitarias, encerrado voluntariamente en un recatado paraje de la costa alicantina, sigue en la brecha soñando, inventando y produciendo una obra que debe considerarse entre la más significativa de la plástica abstracta española de este siglo.

II

Salvador Soria Zapater nació en el Grao (Valencia), el 13 de mayo de 1915. Su padre procedía de una familia de terratenientes de Picassent que se arruinó. Sus primeros años transcurrieron en esta



La alquitranadora, 1958, limaduras de hierro, alquitrán, arena y madera, 139,4 x 101 cm

barriada portuaria valenciana, y desde los primeros momentos se sintió atraído por los barcos atracados en el puerto y, sobre todo, por las barcas de pesca que se reparaban o construían en los pequeños astilleros de la playa. Despertaban su curiosidad los materiales con los que se construían estos pequeños barcos, las tablas de madera, chapas de hierro oxidadas, breas, sacos, tornillos, clavos y remaches, elementos que para otros niños de su edad pasarían desapercibidos, pero que para él quedarían almacenados en su mente.

Se trasladó posteriormente a Cheste, lo que le permitió estar en pleno contacto con el campo y luego se estableció en Valencia, donde comenzó a trabajar al tiempo que se le fue despertando su vocación artística. Para ampliar conocimientos técnicos y otros relacionadas con la Historia del Arte se pasaba horas leyendo revistas y libros y para perfeccionar el Dibujo asistía a las clases nocturnas de una academia libre. La necesidad de adquirir más conocimientos y perfeccionar su técnica dibujística le llevó a los 17 años a matricularse en la Escuela de Artes y Oficios, donde conoció a otros jóvenes con inquietudes que deseaban ser artistas como él. Al mismo tiempo que estudiaba trabajaba como mecánico en una fábrica de bolsos y más tarde en un taller de marmolistería, convencido de que modelar el barro, esculpir vírgenes y hacer policromados era lo que más se acercaba a sus inquietudes artísticas.

Salvador Soria tenía muy claro que quería ser en el futuro "mecánico escultor", una actividad



Máquina para el espíritu AL-3pg, 1972, acero lacado y cola, 34,5 x 38 x 38 cm

profesional no suficientemente reconocida y comprendida por los demás, pero que para él era algo suficientemente explícita al estar imbricada tanto en el ámbito de la tecnología como de la creación artística. Desde muy niño se sentía a gusto manejando herramientas y manipulando materiales, como tornillos, tuercas, alambres, limaduras y arpilleras propios de fábricas, talleres y carpinterías. "Repertorio visual infantil- escribiría el profesor Juan Angel Blasco Carrascosa- que contrastará con su apreciación de la era de la industrialización que le corresponde vivir durante su madurez".

III

El pronunciamiento militar del 18 de julio de 1936 interrumpió sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios, donde se había matriculado con la intención de dedicarse por entero al arte. Se presentó como soldado voluntario y fue destinado al frente de Bezas, en las inmediaciones de Teruel, donde fue ascendido a cabo por su arrojo y valentía. Combatió en la batalla de Teruel y en varias escaramuzas en el frente de Campillo formando parte de la Brigada vasca Exea-Urbe.

El afán de Salvador Soria de intervenir más activamente en la dirección de asuntos militares, le llevó a presentarse voluntario a los cursos de la Escuela Militar de Ingenieros, de donde salió con la graduación de Teniente. Le destinaron inicialmente al Centro de Recuperación Permanente de Ingenieros (C.O.P. I) y posteriormente a la Comandancia de Ingenieros del XX Cuerpo del Ejército con base en Cataluña. Allí realizó numerosos dibujos a tinta china de temas bélicos, sociales y revolucionarios, dentro de un estilo expresionista. En su condición de ingeniero militar construyó numerosos refugios y una carretera de más de sesenta kilómetros en las inmediaciones de Piedra de Alins, en Seo de Urgel.

El 12 de febrero de 1939, Salvador Soria cruzó la frontera a pie por Puigcerdá minutos después de que las tropas franquistas ocuparan la estación del ferrocarril. Fue detenido por la gendarmería francesa y enviado a un campo de Argeles Sur-Mer Perpiñán, y más tarde al campo de refugiados de Septfonds.

¿Cómo era el panorama concentracionario que se encontró Salvador Soria cuando llegó a la estación de Septfonds? Todavía no se había construido este campo cuando el 5 de marzo de 1939 empezaron a llegar por ferrocarril los refugiados republicanos. Le obligaron a marchar desde la estación de Caussade hasta el campo vigilado estrechamente por soldados senegaleses fuertemente armados con fusiles y machetes que carecían de miramientos y que golpeaban fuertemente a los refugiados rezagados mientras que les atosigaban con sus reiterados "¡Allez Allez!".

A su llegada advirtió que solo se habían construido cuatro barracones de madera de los cuarenta y cinco previstos, por lo que tuvo que dormir al raso y protegerse con paja desparramada por el suelo del intenso frío. A pesar de este panorama desolador, la fatiga, el desánimo y el trato brusco de sus guardianes, se mantuvo firme y decidido a salir adelante. Fue destinado a uno de los barracones y rápidamente destacó entre el resto de sus compañeros por su inteligencia despierta y su carácter decidido y emprendedor.

Su paso por este campo supuso una verdadera aventura de supervivencia, pues a la mala y escasa comida, había que añadir el frío, la enfermedad y los malos tratos de los guardianes senegaleses.

Próximo a Tarn-et-Garonne, el campo se encontraba rodeado de alambre y en su interior se habían levantado numerosos barracones de madera con una capacidad de 350 personas. Inicialmente fue un centro de selección de refugiados considerados como peligrosos, a causa de su ideología.

Sufrió el hacinamiento, el frío y el hambre. Había muy poco espacio en el barracón para moverse y la alimentación al principio era francamente deficiente. El desayuno era un líquido negruzco que imitaba al café y la comida principal consistía en dos cucharones por persona de un líquido en el que flotaban algunos trozos de col, garbanzos o arroz, que se acompañaba con un chusco de pan mohoso. Pero sobre todo lo peor que le podía pasar era hacer frente a la inactividad y el aburrimiento.

Salvador Soria para superar el aburrimiento agudizó la inteligencia y despertó sus sentidos artísticos en forma de frenética actividad creadora. Había que encontrar una ocupación que le permitiera afrontar tantas horas de ocio, que en muchos casos podía conducir al abatimiento y a la depresión, que hacia estragos entre los refugiados. La falta de alimentación debilitaba las cabezas, el frío, la desesperanza y la desesperación zozobraba el cerebro.

Para evitar caer en el hastío y en el aburrimiento, Salvador Soria, se entregó por entero a la creación artística, realizando innumerables apuntes, bocetos y aguadas que regalaba a sus compañeros o que luego vendía o trastocaba por alimentos, medicinas u otros objetos. Fue entonces cuando improvisó una exposición de aguadas de temática muy diversa en uno de los barracones del campo de concentración. La noticia de la muestra corrió por todo el campo e inmediatamente la visitaron los mandos militares franceses que vieron en él un artista consumado.

El alcalde de Septfonds le encargó poco después la realización de varios murales decorativos de temática histórica y patriótica en el salón de actos del Ayuntamiento. En opinión del académico Miguel Angel Catalá esta fue su primera gran obra personal, auténticamente creativa, emancipada de influencias ocasionales y, desde luego, integrada en la dimensión hondamente socio-cultural a que tan propicia resultaba la pintura mural. "Desde el punto de vista formal y técnico -escribió Catalá-, precedentes

de esta obra se hallan ya en su autorretrato de 1935-36, una premonición ciertamente de la figuración expresionista de sus años inmediatos”.

Al producirse la invasión germana fue destinado como dibujante a la fábrica de aviones Devoitine, en Toulouse y poco más tarde fue recluido en el campo de Argelés-Sur-Mer. Su matrimonio con la joven francesa Arlette Rolbes, que había conocido durante su estancia en Septfonds, le permitió adquirir la libertad y regularizar su presencia en el país. Sin embargo, tuvo que huir de Persignan y ocultarse al ser perseguido por los nazis que lo buscaban dada su condición de republicano español.

Durante un tiempo trabajó en un taller de artesanía realizando zapatos de niños y bolsos de señora y más tarde montó una fábrica de sillines de bicicleta que le permitió la holgura económica necesaria para sacar adelante su familia y desarrollar la actividad artística. Participó en diversas exposiciones colectivas junto a artistas franceses, rusos, polacos y españoles. Realizó varios viajes a París y frecuentó sus tertulias artísticas, estableciendo amistad con los artistas españoles Domínguez, Flores, Luis Hernández y Díaz Yepes. Mantuvo además una estrecha relación con su paisano Balbino Giner García, premio de la Academia de Roma, que se había establecido en Rousillon al inicio de la ocupación alemana, y que contaba con la amistad y la protección de Pablo Picasso.

Salvador Soria cultivó entonces una pintura realista, intimista y nostálgica, esquematizada en planos y estilizada por la deformación expresionista de las figuras y de los objetos. Sobresalían en ella los valores expresivos, surreales y simbólicos, tal vez por la falta de libertad y por la sensación de angustia, frustración y abatimiento que provocaba la ocupación nazi y su nostalgia por encontrarse alejado de su país.

El término de la segunda guerra mundial y la derrota alemana supuso para Salvador Soria una liberación personal, al tiempo que en el terreno plástico representó una exaltación de alegría en su lenguaje pictórico, con composiciones en las que empleaba ingredientes neocubistas y expresionistas.

Se hallaba inmerso en un proceso evolutivo de geometrización y descomposición de las formas,



Máquina para el espíritu AL-3pv, 1976,
acero lacado y cola, 62 x 43 x 41 cm

basándose ocasionalmente en los planos. La presencia del hombre estaba determinada simbólicamente en la profundización del elemento expresivo, en la acentuación de los tonos negros, más dramáticos y de marcada tenebrosidad y en la esencialización de toda identidad humana. A juicio del crítico de arte, José Garnería, su temática se centraba en torno a la lucha del bien y del mal, a la lucha de las religiones. “A una lucha –decía Garnería– de tipo humano provocada por la guerra, como puede verse en la “Adoración de las estrellas del cielo y de la tierra” o en un Cristo cuya composición es similar a sus integraciones posteriores, y en donde ya tiene en cuenta la existencia de espacios abiertos”.

En 1946 realizó una obra experimental, diferente e innovadora, en la que ya se dejaban entrever la existencia de espacios abiertos, tal como aseguraba Garnería, y en la que empleaba por vez primera madera quemada, clavos y limaduras que iba a ser

un preludio de lo que en la década siguiente iban a ser sus "integraciones". En realidad el uso de materiales de deshecho era algo que le rondaba en la cabeza desde su niñez, cuando se quedaba absorto contemplando los barcos atracados en los muelles y, sobre todo, la construcción y reparación de las barcas pesqueras en los pequeños astilleros de la playa de la Malvarrosa. Sus ojos habían quedado desde entonces impregnados de esa extraña iconografía de planchas oxidadas, quillas, remaches, tornillos, anclas, redes, alambres, cuerdas y maderas quemadas, que, a manera de almacenamiento vivencial, esperaban su momento para configurarse como elementos claves de representación artística.

En 1948 empezó a abandonar progresivamente el elemento expresivo incorporando formas realistas, recreando así una figuración voluntariamente matizada de presencias y ausencias. La primacía concedida al elemento matérico y una cada vez mayor utilización de cromatismos oscuros le aproximaban a las tesis integradoras de los abstractos. Entre sus obras más representativas se encontraban "Hombres de Guerra", "Mujer de Guerra", "Autorretrato" y "Candelabro y manzano", las dos últimas de 1952 y 1953, respectivamente.

IV

En 1953 cuando se encontraba firmemente consolidado y su obra pictórica ampliamente conocida y reconocida, se le planteó la posibilidad de regresar a su país. Su retorno fue debido a un Decreto Ley firmado por el General Franco que permitía a los exiliados políticos que se encontraban en el extranjero regresar, siempre y cuando estuviesen libres de Responsabilidades Políticas.

Salvador Soria al regresar a su ciudad natal reanudó la actividad artística presentando un envío de varias pinturas a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. La necesidad de comunicación y de intercambiar puntos de vista artísticos le llevó a contactar con una serie de artistas jóvenes con inquietudes vanguardistas, entre los que se encontraban, Manuel Gil, Jacinta Gil, Agustín Albalat, Eusebio Sempere, Doro Balaguer, Monjalés y los críticos de arte, Vicente Aguilera Cerni y Antonio Giménez Pericás y Alfons Roig.

Su incorporación a la vida artística valenciana coincidió con un momento en el que su lenguaje pictórico estaba entronizado en una especie de expresionismo nostálgico en el que se avizoraban ciertos resabios metafísicos desarrollados durante su estancia en Francia. En efecto, ese contenido expresionista de base figurativa era la prolongación de sus experiencias plásticas anteriores, existiendo, como aseguraría José Garnería, una actividad integradora, que más tarde sería revisada. "Con el protagonismo de la materia – señalaría Garnería– y un amplio dominio de los recursos técnicos, Soria establece un diálogo con el mismo, utilizando en esta ocasión cromatismos oscuros y acercándose cada vez más a un realismo expresionista que lo aproxima a lo informal".

Todo ello se podía descubrir en las varias decenas de composiciones que se exhibieron en 1954 en la Sala La Fuente de Valencia, y que venían a ser una revisión, una glosa de aspectos diferentes, de ciertas etapas y ciertos motivos de carácter social y de denuncia en una versión nueva, intuitiva y renovadora, que buscaba ante todo la espiritualidad, la serenidad y la fuerza espiritual. Su carácter novedoso lo resaltó el profesor y crítico de arte Alfons Roig en el texto de presentación del catálogo. A juicio de este sacerdote, "como muchos otros españoles, no se ha encerrado en un casticismo estrecho, limitado y deformador, sino que ha viajado mucho y su alma se a abierto a horizontes más extensos. "Soria –escribió Roig–, dentro del expresionismo, confiesa su admiración por Rouault y, sobre todo, por el Greco. Esta afinidad de ninguna manera es de técnica y si de comunicación espiritual". Para este crítico su obra era el resultado de la fusión de todas sus experiencias plásticas y presagiaba el equilibrio y la serenidad en la que prodigiosamente la fuerza espiritual se unía a la obra poética.

Su interés por la pintura matérica fue gradual y llegó a ella después de que durante su estancia en París a mediados de la década anterior tuviese la primera revelación del mundo pictórico de las integraciones, en el que las formas fluctuantes obtenidas mediante la construcción de superficies a partir de limaduras metálicas, entramados de alambres, cuerdas, maderas, constituían el cuerpo plástico de su obra.

El empleo de una serie de materiales inusitados hasta entonces, ajenos a los medios tradicionales

comunes, componían verdaderas obras de arte de arquitectura pictórica-escultórica, en las que los relieves proporcionaban posibilidades de conjunción de las luces con los tonos obtenidos con los propios materiales, sabiamente ordenados. Se preocupó de dotar a su obra de un espacio real que sirviese de escenario a los más indiscriminados objetos que sería su constante en toda su trayectoria posterior.

V

Salvador Soria en cada obra conjugaba una gran cantidad de elementos extraños e inusitados, dejándose arrebatar por la fuerza de cada uno de ellos, tratando de obtener "un máximo de objetividad en una síntesis superrealista", según sus propias palabras. La ordenación geométrica, la neta y medida creación de espacios y los límites, lo circunscribieron en los ensayos del constructivismo abstracto que poco más tarde, en 1957, habría de realizar el Grupo Parpalló, siendo uno de los componentes más destacados, hasta el instante en que la rigidez programática característica de este colectivo se hizo incompatible con el libre desenvolvimiento de su personalidad creadora.

Su incorporación al Parpalló se produjo a iniciativa del crítico de arte Vicente Aguilera Cerni y del pintor y muralista Manuel Gil, que encontraron en Salvador Soria un artista vanguardista que compartía perfectamente el credo estético de este grupo. Vieron en él a un artista abierto y audaz que apostaba por la búsqueda, la internacionalización y la apertura al mundo. Rechazaba las actitudes inmovilistas, las posturas cerradas y el provincianismo en el que había caído la plástica española de la postguerra. Su larga estancia en el extranjero le había puesto en contacto con las nuevas tendencias artísticas, y se mostraba partidario de una apertura estética e ideológica hacia el exterior. A juicio del profesor Juan Angel Blasco Carrascosa, "Salvador Soria encajaba a la perfección con el ideario que sustentaba el Grupo Parpalló". Hacia poco que había regresado de Francia y se encontraba en una España que debía superar el aislamiento. Exigía libertad para la búsqueda, información y apertura. Por su carácter, no comulgaba con las posturas cerradas e inmovilistas".

Los principios estéticos que defendía Soria coincidían a la perfección con el contenido de "La Carta

abierta del Grupo Parpalló" fechada el 1 de diciembre de 1956, en la que el citado colectivo exponía su declaración de intereses. "Vamos a expresarnos —decía en la carta— con un lenguaje de nuestra época, apoyándonos en el pasado, pero sin abdicar de un futuro que debemos conquistar". Su actividad dentro de este grupo sería intensa y muy eficaz, y su prestigio fue gradualmente consolidándose no sólo entre sus propios compañeros, que lo admiraban y respetaban por ser el de mayor edad tras Pérez Pizarro, sino por la crítica de arte y el público en general. Participó en la mayor parte de las exposiciones de este grupo valenciano y se convirtió en uno de sus protagonistas más destacados. El profesor Juan Angel Blasco Carrascosa no andaba descaminado al señalar que "lo que es indudable es que sin Salvador Soria no puede entenderse cabalmente el despegue inicial y las primeras decisivas acciones de este agrupamiento artístico que—según el propio criterio de nuestro artista—era necesario renovar, reajustar, perfilar e impulsar de manera clara y rotunda".

VI

Cuando en 1958 Salvador Soria abandonó definitivamente la figuración e interrumpió la etapa más conocida y difundida hasta ahora, la compuesta por sus integraciones, procedía de una larga evolución pictórica que había dado unos frutos más que remarcables. Procuró alcanzar una síntesis en su obra en la que integraba de forma armoniosa elementos metálicos extraños y disonantes en una estructura icónica y perceptiva nueva.

Sus integraciones se basaban en la distribución constructiva de hierro y espacio con una evidente finalidad expresiva, que contemplaba el hueco como un elemento compositivo de orden espacial en un intento de ver más allá la superficie del cuadro. Se trataba de integrar el fondo en la superficie del cuadro para potenciar la polivalencia icónica, ya que cada composición variaba en función de la iluminación y la proyección de su sombra, tal como señalaba Blasco Carrascosa. "Esta integración del muro en el cuadro —señalaba el crítico—, en base a las piedades que perforan la superposición de materiales hacen derivar el concepto pictórico de Salvador Soria hacia lo escultórico y —si cabe— la estructura arquitectónica. Orientación hacia la tercera dimensión que

concibe el vacío, el hueco, como elemento matérico. Oquedades que transgreden la opacidad limitadora y que, a la vez, permiten el paso de la luz que favorecerá la integración de la materia y espacio”.

Su repertorio iconográfico contemplaba elementos tales como clavos, tornillos, alambres, maderas, quemadas, oxidaciones metálicas, arpilleras, arenas, enlucidos, los cuales se caracterizaban de entrada por el uso de un material que hasta el momento en que lo presentó revestido de cualidades pictóricas nuevas resultaba a todas luces extraños y ambiguos por su disonancia. En un contexto provinciano sus integraciones despertaron el escándalo y la intranquiedad de la crítica. La cuestión de las apariencias permitían considerar que las integraciones provenían de estructuras arquitectónicas en donde la denominada tercera dimensión era sugerida por el vacío espacial del soporte.

A partir de ese instante empezaron a surgir sus primeras esculturas mecánicas que denominó “mecánica plástica”. Eran esculturas sencillas y móviles realizadas en hierro y maderas atornilladas, con apariencia de máquinas y posibilidad de montarse y desmontarse y que poseían una relación muy directa con sus cuadros en cuanto a cuestiones como existencia, concepto y planteamiento. En este sentido el crítico de arte José Garnería señaló que “la mecánica plástica llega a un desarrollo que fatal o afortunadamente lleva a un movimiento, al consistir en el planteamiento técnico de estos objetos”. El citado crítico aseguraba, además, que se producía un contraste entre el barroquismo de sus integraciones y sus planos lisos con los que se expresa en lo escultórico. Según Garnería, “de un espacio bidimensional, en apariencia, pasa, definitivamente, a un espacio pluridimensional. Son esculturas transformables que se desmontan y que pasan a tener movimiento. Hay que tener en cuenta que el elemento mecánico, como todo lo demás, no es un fin, sino un medio”.

La actividad de Salvador Soria hasta 1968 se centró principalmente en torno a su mecánica plástica y a sus integraciones, en cuanto que estaban inspiradas en un proceso de integración, en cuanto partía de las propiedades de la materia y color. Para el profesor Juan Angel Blasco Carrascosa la novedad de sus integraciones surgía de su saber relaciones aspectos propios del informalismo con las específicas



El pintor Salvador Soria ante una de sus obras

del constructivismo. El citado crítico de arte avizoró en sus integraciones extrañas y complejas relaciones y polisemias. “La flexibilidad con la composición formal, la intuición con la racionalidad, la materia con las líneas de fuerza, la no figuración con el contenido, la apertura con el rigor, la evolución con la estructura, la imprevisibilidad con el orden, la indeterminación con el equilibrio, el azar con la distribución, la espontaneidad con la perfección”, señalaba Carrascosa.

Inmediatamente después dio comienzo el periodo de “Máquinas para el espíritu”, que eran esculturas en las que el espectador podía participar en su manipulación, y que eran una ampliación y colofón expresivo de su “mecánica plástica”. En ellas el número de variaciones, combinaciones y transformaciones podía variar según la configuración y propiedades de la pieza escultórica. José Garnería aseguraba de ellas que eran transformaciones

controladas de manera que no existían movimientos arbitrarios, sino que en todo momento el sujeto que manejaba la pieza la podía controlar. Su planteamiento como máquina era estrictamente tecnológico, y no existía en ella ningún rasgo emocional o sentimental.

Para este crítico, las piezas servían para acercar, aleccionar y familiarizar al hombre hacia el mundo de la tecnología, permitiéndole descubrir la poética secreta que encerraban estas máquinas. En ellas había una preocupación por el equilibrio, la armonía constructiva, el refinamiento estético, la perfección tecnológica y la disponibilidad lúdica.

Las obras posteriores de Salvador Soria seguirían siendo fieles a los principios tecnológicos de "máquinas para el espíritu", en la que la reflexión, la investigación de los recursos matéricos y el interés por el mundo tecnológico se unían a una preocupación por la forma-color, color-materia, materia-espacio y espacio-muro y formas obtenidas mediante la incorporación del color. Con el empleo de color a partir de 1983 conseguía nuevas calidades matéricas, como asperezas, porosidades, brillos y suavidades que incrementaban su carácter lírico.

VII

La trayectoria artística de Salvador Soria se ha desarrollado hasta la actualidad por una irreprochable sinceridad, honestidad, una continua insatisfacción personal y una investigación estética totalmente autónoma que le ha llevado a recrear una obra plenamente personal. A todo ello habría que añadir su capacidad para crear nuevos registros expresivos, su gracia poética y emotiva personal, su amor por los materiales y su curiosidad por la indagación y el descubrimiento de registros nuevos. Una obra que, en palabras de su exégeta Juan Angel Blasco Carrascosa, "sigue su curso creativo, asociando y ensamblando elementos nuevos con corrompidos o de desecho y que, elaborada con una emotividad controlada, constituye todo un paradigma de sintonía entre arte y vida, que se nos ofrece de la introspección y la meditación antropológica y existencial".

Salvador Soria ha sabido asimilar las enseñanzas de libertad y multiplicidad de la vanguardia matérica internacional, imprimiendo a esa libertad la poderosa imaginación y, sobre todo, una sinceridad y honestidad sobre la que ha discurrido toda su actividad. En este sentido no es casual que el crítico de arte Vicente Aguilera Cerni viese en Salvador Soria a uno de los creadores que más han contribuido a dignificar y consolidar la producción artística española de la postguerra. "Y esto se puede afirmar-aseguraba- por unas razones no sujetas a la controversia por la ejemplar cohesión de sus evoluciones, por lo peculiar e individualizado de sus imágenes, por lo singular de sus técnicas y por el significado de sus métodos operativos".

En efecto, la variedad de sus registros que maneja de manera casi simultánea desde hace más de un siglo, la cohesión de sus evoluciones y la variedad de sus métodos operativas configura una trayectoria artística en la que es difícil detectar a estas alturas sus difíciles comienzos artísticos marcados por la guerra civil, la huida a Francia, los campos de concentración, la persecución nazi y más tarde la supervivencia diaria en medio de la postguerra franquista. Se puede decir que su carrera artística no siempre fue un camino de rosas, ya que los acontecimientos históricos que afectaron a nuestro país no le fueron favorables, y en algunos momentos, fue víctima de ellos.

Salvador Soria ha sido capaz a lo largo de su vida de hacer frente y superar con arrojo y valor las contingencias históricas y personales que se le presentaron a lo largo de su larga existencia en la que hubo de todo. Su capacidad para hacer frente a todo ello ha servido para agigantar en la medida de lo que cabe su personalidad, y ha sumado puntos hasta convertirlo en uno de los grandes artistas españoles. Y ha entrado en esa historia de la plástica española gracias a un temple personal, una voluntad férrea y un esfuerzo extraordinario, para no salirse de ese camino que se trazó en sus años mozos y al que ha permanecido fiel. Esa vocación ha sido verdaderamente su dolor y su lucha. La ha cumplido con creces y por eso constituye un verdadero ejemplo a imitar y un jalón definitivo en la gran nómina de maestros del arte contemporáneo internacional.